


REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Langewiesche, Dieter: *La época del Estado-nación en Europa, Valencia, PUV, 2012.*

Damián López

CONICET / Universidad de Buenos Aires / Universidad Nacional de Quilmes
damianlopez@gmail.com

Fecha de recepción: 11/11/2014
Fecha de aprobación: 23/11/2014

Nacido en Austria pero criado desde pequeño en Alemania, Dieter Langewiesche es un destacado historiador formado en las Universidades de Heidelberg y Wurzburg, y que se desempeña desde hace treinta años en la Universidad de Tubinga. Desde la historia social y política, ha producido algunos de los trabajos recientes más relevantes sobre el desarrollo del liberalismo y nacionalismo en Alemania y Europa durante el siglo XIX. Autor de una quincena de libros y cientos de artículos, hasta ahora contábamos con algunas traducciones de sus trabajos aparecidas como capítulos en libros colectivos, y en el volumen *Nación y religión en Europa*, editado junto a Heinz-Gerhard Haupt¹. El aquí comentado es por tanto el

1 Langewiesche, Dieter (junto a Friedrich Lenger): "Migración interior: permanencia y movilidad", en Bade, Klaus (comp): *Población, trabajo y migración en los siglos XIX y XX en Alemania*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1992, pp. 137-156; "Nación y Estado en la historia alemana reciente", en Saalbach Erdmann, Mario y Ortiz de Orruño Legarda, José María (eds.): *Alemania (1806-1989): del Sacro Imperio a la caída del Muro*, Lejona, Universidad del País Vasco, 1994, pp. 31-60; "Liberalismo y burguesía en Europa", en Millán, Jesús y Fradera Barceló, José María (coords.): *Las burguesías europeas en el siglo XIX: sociedad civil, política y cultura*, Valencia, Universidad de Valencia, 2000, pp. 169-202; "Liberalismo y revolución en Alemania, siglos XVIII y XIX", en Robledo Hernández, Ricardo,

primer libro individual del autor disponible en castellano, aunque es preciso aclarar que se trata de una selección de seis capítulos de un trabajo original más extenso, junto a dos textos publicados independientemente en obras compilatorias².

Como en el caso de otros historiadores sociales alemanes, llama la atención la preocupación de Langewiesche por la relación entre el análisis histórico y los problemas del presente, y la apertura a la discusión teórico-conceptual y con autores provenientes de otras disciplinas. Es notorio el afán del autor por intervenir en debates generales y grandes temas a través de balances históricos de recorridos amplios, utilizando la generalización y comparación entre los desarrollos de diversos países europeos. Así, en distintos tramos del libro se evalúan fundamentalmente tres series de problemáticas, con reverberaciones presentes y a su vez ligadas entre sí: las características del nacionalismo y la constitución de los Estados nacionales en Europa; los modelos estatales y los alcances y proyecciones de uno de tipo supranacional a partir de la constitución de la Unión Europea; y el desarrollo del liberalismo durante el siglo XIX, su legado y sus límites de cara al futuro europeo.

El abordaje de estos problemas generales vinculados al presente se realiza sin embargo desde una particular mirada que reivindica la labor del historiador y sus aportes. Langewiesche señala permanentemente los peligros de las reconstrucciones del pasado simplificadas: el matiz y la crítica a la teleología es imprescindible para realizar un análisis lúcido de las tradiciones. Como especialista en Alemania y el espacio centroeuropeo, Langewiesche propone además una perspectiva comparativa que amplía y complejiza la mirada global sobre fenómenos muchas veces abordados unilateralmente desde las grandes potencias de Europa occidental. Se trata de un trabajo de descentramiento que nos permite ver desarrollos alternativos y, al mismo tiempo, ver con otros ojos lo que aparecía como modelo universal.

Castells Oliván, Irene y Romeo Mateo, María Cruz (coords.): *Orígenes del liberalismo: Universidad, política, economía*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2003, pp. 155-171; Langewiesche, Dieter y Haupt, Heiz-Gerhard (eds.): *Nación y religión en Europa. Sociedades pluriconfesionales en los Siglos XIX y XX*, Zaragoza, IFC, 2010.

2 La selección de capítulos, a cargo de Jesús Millán y María Cruz Romero (quienes además agregaron un estudio preliminar de su autoría), pertenece a Langewiesche, Dieter: *Reich, Nation, Föderation. Deutschland und Europa*, Múnich, Verlag C. H. Beck, 2008, el cual cuenta con catorce capítulos. Los dos textos independientes agregados fueron escritos en 1995 y 2003.

Tanto la caracterización, tipología y evolución de los nacionalismos como la conformación de los Estados nacionales en la Europa del siglo XIX son problemáticas que han concitado un enorme interés desde hace al menos cuatro décadas. La literatura al respecto es enorme y existen líneas interpretativas alternativas que dividen este —ya clásico— campo de estudios. Cuatro de los ocho capítulos que componen el libro dialogan con algunas de las obras más relevantes de este universo, como las de Benedict Anderson, Ernest Gellner y Anthony Smith, entre otros³. En el segundo capítulo, titulado “¿Qué quiere decir ‘inventar la nación’?”, Langewiesche critica a aquellas concepciones que, en su opinión, sobreestiman el carácter de artefacto de la nación. Su argumento central es que aun reconociendo que se trata de una construcción subjetiva, ésta no se realiza desde la nada ni es totalmente arbitraria, sino que se sostiene a partir del trabajo sobre elementos previos que se hallan disponibles. Ese trabajo se despliega además en un escenario muchas veces conflictivo, ya que el intento por imponer determinadas imágenes del pasado implica una lucha por definir el sentido del presente y el futuro. Se trata, en fin, de comprender el fenómeno nacionalista como trama intersubjetiva que traza determinadas cristalizaciones, algo distinto a una comprensión meramente voluntarista de la famosa frase de Ernest Renan de que la nación es un plebiscito diario: “Desde el punto de vista de la sociología del conocimiento, ‘nación’ como construcción de la realidad siempre es facticidad objetiva y significado que se sostiene subjetivamente. Adscribir un significado requiere seleccionar a partir de lo que se conoce por estar presente” (p. 46).

En el capítulo siguiente, Langewiesche propone una conceptualización de la nación como “comunidad de recursos”, en cuanto sostiene que la idea de nación siempre se ha ligado a una promesa de participación de quienes la componen, en sus producciones políticas, sociales, económicas y culturales colectivas. El autor presenta algunas de las dimensiones en que se modalizan estos recursos, estableciendo una tipología no exhaustiva de las muchas facetas del fenómeno nacional: nación como comunidad de defensa y comunidad de poder, como comunidad jurídica y po-

3 Los ya clásicos libros de Anderson y Gellner sobre el nacionalismo son Anderson, Benedict: *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Buenos Aires, F.C.E., 1993 [original 1983]; Gellner, Ernest: *Naciones y nacionalismo*, Madrid, Alianza, 1988 [original 1983]. Anthony Smith ha escrito muchos libros en torno a esta temática. Langewiesche discute especialmente, en este y otros capítulos, Smith, Anthony: *Chosen Peoples. Sacred Sources of National Identity*, Oxford, Oxford University Press, 2003.

lítica, como comunidad de cultura, solidaridad y entorno, etc. Lo fundamental, en todo caso, es que en su opinión la fuerza y propagación de la nación como modelo provino de su promesa de igualdad, promesa que por supuesto tuvo limitaciones y contradicciones, pero funcionó como horizonte emancipatorio. Así se comprende la potencia del ideal de Estado-nación, en cuanto traslación institucional de ese horizonte.

La crítica esbozada a la perspectiva de Anthony Smith, quien enfatiza el carácter de la nación como comunidad de creencia o sagrada, es profundizada en el capítulo posterior, el cuarto, titulado “Nación y religión en Europa”. El problema, sostiene Langewiesche, es en primer lugar metodológico: Smith se mantiene en la órbita de un análisis de las ideas y discursos, despreocupándose por las complejas —y muchas veces contradictorias— formas en que se presentan en las prácticas sociales. Seguidamente, utiliza un criterio funcional que equipara las religiones políticas con las religiones que apuntan al más allá. Según Langewiesche, así se pierde de vista la diferencia decisiva entre ambas, que consiste en una muy distinta tolerancia al fracaso. Las creencias políticas sólo pueden asimilar una dosis limitada de derrotas, mientras la fe religiosa no se encuentra vinculada de la misma forma al éxito. Smith realiza una atractiva reconstrucción de la imagen que presentan los propios nacionalistas, pero esto no puede tomarse de ninguna manera como respuesta a cómo aparecía en la actuación concreta de diversos actores sociales. Apuntar al análisis de esas prácticas y sus cambios en el tiempo permite en contraste vislumbrar divergencias, desplazamientos, fricciones, etc. Como muestra, el autor nos ofrece una contraposición entre las diferentes formas en que podían concebirse, poco antes de la Primera Guerra Mundial, las guerras napoleónicas y el relato sobre el “despertar nacional” alemán desde la perspectiva protestante-prusiana, liberal, socialdemócrata o católica. La propuesta es, como sintetiza en uno de los subtítulos del capítulo, “historizar y analizar casos concretos como forma de despedir las grandes narrativas en cualquiera de sus formas”.

En el quinto capítulo, Langewiesche examina uno de los aspectos más negativos del nacionalismo del siglo XIX, su tendencia a la intolerancia. En varias partes del libro el autor repite que la nación se presenta como comunidad de solidaridad y de sacrificio. En todas sus variantes, la nación se atribuye el derecho a exigir hasta la vida por el altar de la patria. Los mitos nacionales se encuentran cargados de violencia y el anhelo de homogeneidad tiene como contraparte la cons-

trucción de imágenes del enemigo potencialmente peligrosas (dando lugar a procesos de asimilación violenta, expulsiones, reasentamientos, limpiezas étnicas, etc.). Por otra parte, sostiene el autor, prácticamente todos los casos de conformación de Estados nacionales en la Europa del siglo XIX involucraron guerras. Es históricamente falso, nos dice, que un primer nacionalismo “inocente” haya sido desplazado por otro “pervertido”: “Promesa de participación y disposición para agredir formaban parte, desde el principio, del contenido fundamental del pensamiento nacionalista” (p. 103).

Tanto el primer como el séptimo capítulo del libro intentan presentar una visión no lineal de la evolución política estatal en la Europa del siglo XIX. Langewiesche señala que al modelo centralizado de Estado nacional (cuyo máximo exponente es Francia) convivió con otro de tipo federal, como el Imperio Habsburgo y el Reich alemán. Sobre todo el intento de consolidar un Estado federal multinacional en Austria aparece como un experimento fallido que, sin embargo, podría servir para reflexionar sobre las posibilidades de constituir un orden supranacional con la Unión Europea. Langewiesche rescata especialmente los trabajos que algunos miembros de la socialdemocracia austríaca produjeron en los primeros años del siglo XX, previamente a la disolución imperial. De hecho, en el trabajo original en alemán hay un capítulo dedicado a esta corriente, con Karl Renner y Otto Bauer como principales exponentes. Lamentablemente en esta edición castellana no se incluyó ese texto, pero en diversos momentos del libro aparecen referencias a estos autores. Es preciso indicar que efectivamente se trata de obras de enorme envergadura, tal vez las más relevantes de la tradición marxista sobre la cuestión nacional, y que aún con sus puntos ciegos e inscripción en un contexto muy particular vale la pena discutir. Por otra parte, tal como lo encontramos aquí, el rescate de las mismas de cara a debates actuales ha sido propuesto en trabajos de varios autores⁴.

El capítulo seis analiza el papel de la monarquía en la Europa del siglo XIX europeo. La primera reflexión es que la institución monárquica se mantuvo firme, y que si bien debió adaptarse a

4 Por ejemplo Nimni, Ephraim: “Nationalist Multiculturalism in Late Imperial Austria as a Critique of Contemporary Liberalism: the Case of Bauer and Renner”, *Journal of Political Ideologies*, Vol. 4, No. 3, 1999, pp. 289-314; Roach, Steven: “Minority Rights and the Dialectics of the Nation: Otto Bauer’s Theory of the Nation and its Contribution to Multicultural Theory and Globalization”, *Human Rights Review*, Vol. 1, No. 1, 2004, pp. 91-105.

cambios profundos (especialmente los desafíos del constitucionalismo y la nacionalización) cumplió un rol de integración fundamental. Para los liberales, la monarquía funcionaba como una garantía contra el mal uso del poder y, sobre todo, contra la amenaza de destrucción política de la sociedad burguesa que “procedía de abajo, del populacho, en el lenguaje de la época” (p. 132). Lo más interesante de este texto es sin embargo la perspectiva desde la cual se discute el caso alemán. Langewiesche destaca que la historiografía tradicional alemana tendió a presentar el resultado de la unificación de 1871 como el camino necesario hacia el cual se dirigían los territorios alemanes al menos desde las guerras napoleónicas. Desde ese punto de vista, el papel de las monarquías alemanas quedó subsumido en un relato rectilíneo que progresa hacia la solución de hegemonía prusiana. Así, sostiene el autor, “la complejidad y el grado de apertura de la historia del siglo XIX se dejan de lado. De este modo desaparece también la peculiaridad de la monarquía en el siglo XIX, precisamente en Alemania. En efecto, las monarquías de los diferentes Estados formaron en la Alemania del Ochocientos un cerrojo contra la idea de que el estado nacional de 1871 fuera el canon de la historia alemana. Las monarquías de cada Estado significan representaciones alternativas de la nación alemana, que durante mucho tiempo fueron políticamente efectivas” (p. 122). La propuesta es, por lo tanto, recuperar esas alternativas como contrapunto a la visión tradicional. Entre las consecuencias de este cambio de punto de vista, destaca la conclusión de que el mayor fallo de los príncipes alemanes fue haberse negado a construir una Confederación Germánica (1815-1866) que pudiese estructurar institucionalmente a la nación alemana, al oponerse a la democratización con un parlamento nacional como vehículo principal. Así, la iniciativa quedó en manos de la reaccionaria Prusia, que terminó por vencer cualquier opción alternativa a partir de las guerras contra Austria y Francia. Así y todo, algunos monarcas alemanes continuaron teniendo un papel relevante en el nuevo Estado federal, como fue el caso en Baden, Hessen o Württemberg. La lección para el presente es, enfatiza Langewiesche, que el futuro de la Unión Europea dependerá de los alcances de una integración supranacional “positiva”, lo que significa desarrollar estructuras de participación democrática para la toma de decisiones y, en vínculo con argumentos anteriores, articular formas alternativas al Estado nacional como principal garante de derechos.

Los dos últimos capítulos están dedicados al estudio del liberalismo del siglo XIX, uno de los temas recurrentes de la obra de Langewiesche. El séptimo (“El liberalismo hoy, una perspectiva

histórica”) sintetiza algunas de sus ideas centrales al respecto: el liberalismo tiene al individuo y la fe en el progreso como núcleos fundamentales; ese progreso se produce desde el punto de vista político a través de la evolución y la reforma, y no por el camino revolucionario (salvo casos extremos y excepcionales, como última opción); la práctica política liberal tendió a apartarse de los demócratas, al establecer formas que negaban la igualdad política (discriminando a los no instruidos y pobres, y a las mujeres). Por supuesto, estas son aseveraciones largamente reconocidas por la literatura sobre el liberalismo. En realidad, los principales aportes de Langewiesche proceden de otro grupo de sentencias que matizan la visión tradicional: el liberalismo no es una ideología desde siempre favorable al mercado libre y los intereses del capital industrial, si no que este fue un desplazamiento tardío, a partir de mediados del siglo XIX (al menos en Alemania). “Quien piense que un sí convencido al mercado libre y sin reglas distingue desde siempre a los liberales no conoce la historia del liberalismo europeo. El liberalismo no surgió en absoluto como el profeta de la economía libre de mercado. La sociedad ideal de los primeros liberales se dirigía más bien hacia una sociedad de economías medias e independientes (*Mittelstandgesellschaft*), en que los patrimonios estuvieran ampliamente distribuidos” (p. 146). En conexión con esto, existieron tendencias liberales que apoyaron formas de asociación y cooperación, así como incipientes formas de seguridad social, alejándose de una supuesta visión predominante en donde el Estado debía minimizarse quedando como mera expresión policíaca. De aquí el autor desprende una de sus aseveraciones fundamentales: el liberalismo no debe concebirse como una ideología burguesa. En su origen y hasta mediados del siglo XIX estaba abierto a distintas alternativas. También es bien sabido que en sus inicios el liberalismo tuvo como nodal la crítica política a la concentración de poder, y no el debate económico. Sin embargo aquí, como con otros textos previos de Langewiesche, nos queda la sensación de un hueco explicativo respecto al por qué, si esto es así, el liberalismo terminó de todas formas siendo ¿por afinidad electiva? la ideología que mejor se acopló a las burguesías.

En rigor, y como viene sosteniendo en obras anteriores, Langewiesche exige que se estudie el liberalismo no desde su filosofía y doctrina, sino desde sus prácticas concretas. Esto permite visualizar una imagen mucho más matizada y contradictoria. Así, en el octavo y último capítulo se intentan ver las influencias y préstamos entre liberalismo y marxismo, dos tradiciones contrapuestas que, sin embargo, compartieron algunos rasgos. En Alemania, dice el autor, la socialdemo-

cracia terminó articulando una perspectiva que culminaba confluyendo con aspectos de un liberalismo “social”, al plantear la necesidad de un Estado que ofrezca garantías sociales, sin necesidad de socialización. Ya predominante antes de la Primera Guerra Mundial, tal mirada terminó siendo constitutiva de la socialdemocracia en la medida en que posteriormente a la conflagración tomó responsabilidades gubernamentales, al tiempo que se consolidaba a su izquierda una línea radical y crítica comunista alternativa.

Resulta evidente que el autor busca en esta tradición de préstamos y confluencias un antecedente de cara a los desafíos futuros. Siguiendo a John Rawls y Ralf Dahrendorf, defiende que una perspectiva liberal actual debe, además de asegurar la igualdad jurídica y política, otorgar “una dotación suficiente de oportunidades en la vida social”, para lo cual son precisos además algunos tipos de regulación estatal (aunque distintos a los promovidos por el “envejecido por la burocracia” Estado de bienestar). Alerta también, con Dahrendorf, sobre el carácter anacrónico del Estado nación, pese a lo cual es irrenunciable por ser la única institución garante de los derechos políticos y sociales. El desafío, precisamente, sería que la Unión Europea comience a cumplir algunas de esas funciones, en un camino de democratización y de consolidación de una ciudadanía supranacional. En todo caso, Langewiesche constata las dificultades y límites para tal desarrollo, enfatizando que se trata de un contradictorio periodo transicional de largo plazo.

Con mirada crítica encontramos esto demasiado moderado, incluso con visos de celebración de lo establecido. Pero en verdad, Langewiesche es sólido y consistente con sus presupuestos y tomas de posición, no hay contradicciones o puntos de falla evidentes (siempre y cuando se parta de ese lugar). Nuestra insatisfacción con esos presupuestos es al fin y al cabo una diferencia política, y de allí surge una persistente sensación de limitación y silencio. Esto no nos impide de ninguna forma reconocer la relevancia de este libro, inteligente e incisivo. Sobre todo, celebramos la apertura a la discusión y franqueza con que el autor explicita el lugar desde el cual analiza la historia y la actualidad. Una franqueza del todo coherente, al fin y al cabo, con su énfasis en que la interpretación del pasado trabaja sobre un material maleable, produciendo intervenciones en un campo conflictivo.